DOCTOR GLAS, CRONICA DE UNA INCOMUNICACION

¡Oh torbellino lento de sensaciones descentradas!
Fernando Pessoa

Siempre sueña quien habita las cenizas.
Juan Pedro Quiñonero

Ignoro qué significación tiene el doctor Glas dentro de la obra de Hjalmar Söderberg. La falta de ediciones en España de autores escandinavos sigue bastante generalizada. Por eso voy a comentar esta novela como un todo, sin relación alguna con el resto de su obra, que desconozco enteramente (*).

El doctor Tiko Gabriel Glas lleva una vida anodina, tampoco tiene proyecto alguno que justifique una confesión diaria. Ante todo, Glas es insignificante, pero no trata de salir de su nulidad mediante una gran obra. Como es natural, su historia anterior es decisiva, y llegado a un punto se encuentra con que la única relación que mantiene con los demás es la estrictamente profesional, con gente que, como se demuestra a través del diario, no le importa nada. Su concepto del deber contribuirá más a la disolución de cualquier objetivo en el transcurso de sus días. O, mejor dicho, el objetivo será precisamente intentar una comunicación que no llegará.

Ya al principio él se pregunta por qué está escribiendo sus impresiones. Por qué, para qué, para quién. No escribe para nadie, él mismo afirma que no relee lo ya escrito:

> «escribo —dice— para matar unas horas de insomnio».

Esto es, como defensa contra el insomnio, como defensa de su individualidad, de su aislamiento. (No pretendo afirmar que el insomnio sea producto de su individualidad o consecuencia de su aislamiento, pero sí esa necesidad de «matar unas horas». Para mí es evidente.) Incluso

> «escribo simplemente para mover la mano, ya que el pensamiento se mueve por su cuenta»,

lo cual es un principio de disociación, y por tanto, lo que escribe tampoco ha de ser reflejo necesariamente de lo que piensa, sino más bien el escribir es un ejercicio que marcha paralelo al pensamiento. Esto es, para mí, de una importancia enorme, porque da a entender que la función del que escribe no es otra que la de ponerse a salvo, ese matar las horas, es decir, anularlas: defenderse contra el paso

(*) La edición española es de Seix Barral, Barcelona, 1967.

del tiempo. Lo chocante es que, por otra parte, recalque que todo lo que escribe es verdad. Como esto otro:

> «Rara vez apunto un pensamiento la primera vez que se me ocurre. Espero a ver si vuelve.»

Esta afirmación, con una lectura del texto, resulta ininteligible. Denota, eso sí, una fuerte inseguridad.

El doctor Glas se arrepiente también de su vida, se arrepiente inmóvilmente, como en el caso de Leopoldo María Panero. Cuida remarcar que eso no es una confesión, pero lo que verdaderamente hace es echarlo fuera, desprenderse de ello y de su posible culpabilidad. Desembarazarse, en lo posible, de su vida. También, al analizarla, se enfrenta a ella con una buena dosis de espanto. Declara que tiene miedo de sentir remordimientos, que, según afirma, es lo que uno gana cada vez que quiere salirse de su propia piel. Una vez más desembocamos en el mismo problema: desposeerse de su individualidad, despersonalizar la angustia.

Sus conceptos éticos no son ya huecos o vacíos, sino sólo acomodados para mantener una existencia un tanto tranquila, sin sobresaltos. Esa despreocupación por el problema ajeno le acarrea constantemente un sentimiento de culpabilidad del que no sabe desprenderse. Y queriendo tapar su maltrecha conciencia, arguye que la vida presenta un rostro demasiado abyecto. El saber positivamente que obra injustamente será quizá la causa principal de su insomnio. La búsqueda de la tranquilidad le privará de la tranquilidad.

Su norma ética es la necesidad, y no hay más ley verdadera que esa. La ley es absurda, formula, y ninguna persona decente permite que la ley rija sus acciones. Tampoco existe la culpa. El deber es asimismo un concepto vacío:

> «El deber, qué excelente biombo detrás del cual esconderse cuando se trata de evitar hacer lo que tendría que hacerse.»

Es la tapadera para uso, según convenga, en favor de la tranquilidad. Es difícil comprender cómo teniendo un absoluto desprecio por cualquier norma, le preocupa tanto el remordimiento. Si la culpa no existe, tampoco debería existir el remordimiento. Una cantradicción básica de Glas. Ni que decir tiene que con tal concepto del deber cometerá cuantos atropellos tenga a bien. En todo caso cambiante, puesto que en más de una ocasión recurre como disculpa al «deber hacer». La moralidad, afirma, es un tiovivo que da vueltas.

Como es natural, y a pesar de su profesión, o tal vez por ella misma, la muerte se justifica (procedimiento Raskolnikov) e incluso

se pregunta con curiosidad qué efecto le producirá tener un crimen en la conciencia. Aunque, en su caso, me parece estúpido. Incluso escribe:

> «En cuanto a las vidas humanas lejanas, invisibles y desconocidas, no le importan un bledo a nadie.»

Esta postura abarcará incluso a su propia muerte, preparándose pastillas para un posible suicidio de emergencia.

Advierte que una gran obra a realizar y a la que dedicar su vida puede ser su salvación, y hasta mendiga, según su expresión, una hazaña, algo de lo que sólo él se dé cuenta que haya que cumplir y que nadie, sino él, se atreviese a cumplir. Pero no se encuentra ni con voluntad ni con imaginación suficiente como para llevarla a cabo. Y así, mediada la novela, dice:

> «Aunque todavía no comprendo muy bien qué tengo que hacer en este mundo, aquí me he quedado.»

Por una parte, un reconocimiento rotundo de su personal fracaso; por otra, un absoluto desconcierto en torno a su postura. Desconcierto que aun se agrava más al perder conciencia clara de su voluntad, como se hace patente en la relación sueño-vigilia que se incrusta uno en otra borrando los límites que «debieran» existir entre ambos. Y se lamenta:

> «Poder escoger es poder renunciar. ¡Oh, que tan difícil sea el renunciar!»

El gran problema de Glas es evidentemente la soledad. Por una vez, por muchas veces, apela al recuerdo, que es siempre la principal consecuencia de la soledad, el aislamiento, la incomunicación. La infancia. Las fotos y la imaginación amarillean. El resentimiento contra el padre, al que sólo perdona cuando le golpea injustamente (entre paréntesis: no crea que jamás pueda ser justo que un padre golpee a un hijo), es significativo. Le perdona la debilidad, el error, y ama también la debilidad, la fragilidad, o a los que se han visto engañados, burlados. Es una simpatía (nótese συν-παζος) natural e insoslayable. Se han ido perdiendo todas las figuras de la infancia. Tiempo más tarde, la pérdida de la cual no se ha repuesto aun diez años después: su primer y único amor, que se ahoga al bañarse. La muerte le regala cruelmente un vacío que ya no se tapará nunca:

> «Hace diez años de aquello, diez años que se cumplen esta noche y todavía hoy me siento enfermo y loco al pensar en aquello.»

Es, a no dudarlo, el fantasma más importante, el que producirá gran parte de sus inhibiciones.

Ya al principio, cuando se pregunta por qué ese diario se escribe, dice a modo de justificación:

> «Me parece que en este momento nadie en el mundo está tan solo como yo. Yo que a veces ayudo a otros, pero no he podido nunca ayudarme a mí mismo, y que, a los treinta años cumplidos, nunca he estado junto a una mujer.»

La conciencia de ser distinta su vida le retraerá más, intenta averiguar las causas de esa diferenciación y no encuentra explicaciones para nada. Todo el diario es una pregunta sin contestar y, en definitiva, siente su gratuidad. Se ve impelido a relacionarse con la gente, pero tiene miedo —¿de perder su identidad?— y se contenta con estar lo más rodeado posible, escuchando, observando su entorno, mas sin participar de él, que prefiere estar con gente que no conoce para no estar obligado a saludarles.

En esa misma línea, su febril búsqueda del amor, aun sospechando, por lo que se ve, que no se vaya a encontrar con él.

> «Nada empequeñece —manifiesta— y rebaja tanto a un hombre como la conciencia de no ser amado.»

Inferioridad, siempre impotencia ante cualquier realización. Busca la inmortalidad a través del amor (como todos buscamos la inmortalidad por esa misma vía: según Glas, de la nostalgia humana por el amor ha brotado la cultura) y no la encuentra. Aunque derrocha ambición por todas las páginas, él no es ambicioso, al menos ese es el efecto que me produce. Quiere serlo, mas no lo es. Contradicción una vez más. Siempre. Intenta apurar hasta el límite las posibilidades de su vida y no llega siquiera a desarrollarlas mínimamente.

> «Queremos ser amados —añade—, a falta de esto, admirados; a falta de esto, temidos; a falta de esto, odiados y despreciados. Queremos suscitar en los demás alguna especie de sentimiento. El alma aborrece el vacío y quiere tener contactos a cualquier precio.»

Esto es, no pasar inadvertidos, dejar huella, es decir, inmortalizarse en cada momento y al mismo tiempo vencer el aislamiento y la incomunicación. En cada momento y dentro de la vida, no después, su reino sí es de este mundo. Por eso no comprende a los que buscan un nombre inmortal; la historia, con todo, no es nada, y mucho menos la salvación personal, individual.

Pero a la vez afirma ferozmente su individualidad, su oposición frente a lo que escapa de su personalidad. Le da horror pensar que podría cambiarse por otro, es decir: dejar de ser él. Es la eterna contradicción que, en mi opinión, padecemos todos: personalización-despersonalización. La despersonalización de la angustia frente al horror de perder la identidad. Hasta tal punto llega en él ese horror de perder la identidad, que escribe:

> «Me cuesta tanto tolerar la idea de que alguien me vea cuando duermo.»

Es suficiente, no es necesario otro comentario.

Y como no podría ser de otra forma, termina derrotado, abrumado por su propia y radical (radical, de radis, raíz) insignificancia:

> «Es tan desolador el caminar siempre solo, con un alma estéril; uno no sabe qué hacer para adquirir conciencia de que uno es algo y significa algo, y para respetarse un poco a sí mismo.»

Un absoluto reconocimiento de lo que llevamos apuntado. Y, naturalmente, aunque no sería necesaria aludirlo, el problema de la felicidad se le plantea como un imposible:

> «No se encuentra ningún sueño de felicidad que no se muerda su propia cola.»

Y remedando a una parte de la filosofía clásica, uno de los interlocutores de Glas especula con que la felicidad más honda consista en la ilusión de que no se persigue felicidad alguna. Pero la felicidad es un problema que aún no entiendo, como no sea la consecuencia de la estética, y por consiguiente he de dejar este punto a otros más enterados.

La única arma defensiva que contra esto esgrime es el deseo. El deseo de hacer algo, el deseo de amar, o más bien, el de ser amado. Deseo también, como dijimos antes, de constatar su presencia, de no pasar inadvertido. El deseo, según sus palabras, es la cosa más valiosa, la única que en cierta medida puede dorar esta miserable vida. Pero el deseo dista mucho de tener tanto poder, y ese deseo le sumergirá más profundamente en la impotencia, en el fracaso. Efectivamente, sus propios deseos quedan en un discordante balbuceo, sin definirse, cuanto menos en realizarse. Se decide por la postura contraria a la del interlocutor antes citado. No hay posible salida.

> «Primer mandamiento: no comprenderás demasiado. Pero el que comprende este mandamiento, ése ya ha comprendido demasiado.»

EUGENIO COBO.—(Calatrava, 36. MADRID-5)